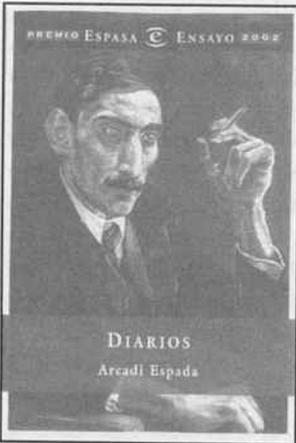


Madrid: Espasa, 2002

## El hambre y la sed



### La intención

**N**O DUDO QUE HABERMAS habrá soportado muchos sobresaltos a causa de las objeciones que ha provocado su bienintencionada teoría del consenso, pero si no conoce la obra de Arcadi Espada todavía no sabe lo que es sufrir las peores pesadillas.

Espada, especialista en el disenso desde su segunda obra, fue escogido hace años por el periodismo como operario y, a través de sus libros, nos ha venido ofreciendo desde entonces la bitácora por entregas de su viaje por esa disciplina. Lo curioso es que, aunque por su expresión pudiera parecer un pragmático o un neoilustrado, sus conclusiones son el mejor rastreo de datos prácticos que pudiera desear la crítica a los medios de comunicación con la que Lyotard inauguró la posmodernidad oficial a principios de los ochenta.

Llenar de significado el término posmodernidad es un debate todavía pendiente (y más en nuestro país que acaba de alcanzar cierta modernidad y no quiere renunciar tan pronto a ella) pero aunque ese debate haya perdido protagonismo en el medio cultural sus preguntas siguen presentes en nuestra vida cotidiana. Un ejemplo cercano es la frecuente aparición en los últimos suplementos culturales de nuestro país de la expresión *sed de realidad* para describir algunas inquietudes artísticas asociadas al éxito editorial de propuestas de aparente realismo estético. Podría argumentarse que esa *sed de realidad* es una expresión que obedece a la *atenuación* que describe el propio Espada en su libro, puesto que no deja de ser eufemística frente a la concreción de un término de más fuerte y drástica connotación: *hambre de verdad*.

Ese hambre de verdad es un fenómeno que —como decía un amigo— vale la pena psicoanalizar de pie: el ser humano actual lo que desea es tranquilidad y autojustificación, pero se preocupa porque sabe instintivamente que algo falla en nuestros medios de información. En esa dialéctica

(entre el deseo de verdad y el miedo a sus efectos) nos estamos moviendo últimamente. Espada salta por encima de ese conflicto que no pudieron sortear ni Habermas ni Lyotard y parece enlazar en cierto modo con Adorno, el primer filósofo de la escuela de Frankfurt que supo mantener a salvo un concepto de verdad practicable y no excesivamente abstracto. Adorno, al igual que Benjamin, se dedicaba al microanálisis de situaciones muy concretas y la inteligente puesta en relación de varios de esos microanálisis ofrece, generalmente, reveladoras panorámicas. Espada no pretende en ningún modo construir un gran sistema de pensamiento, pero con la práctica de ese microanálisis y con mucha astucia nos transmite una percepción aguda de una parcela de nuestro mundo (la información) y despliega diagonalmente una paisaje del decorado contradictorio en que nos movemos. Su modo de hacerlo irrita —qué le vamos a hacer— pero a estas alturas ya sabemos que es difícil practicar la pesca sin mojarse el final de la espalda.

Desde tiempos inmemoriales, la gran polémica ha sido entre aristotélicos y platónicos. Espada pretende escribir sobre la vida verificable y —consciente o inconscientemente— parte de una máxima de Montaigne (*La vida es ondulante*) como puente para encajar los dos extremos de la contienda. Desde ese punto de partida —que se quiere sensato— Espada decide que lo que conviene es ser aristotélico pero no siempre y para todas las cosas; de la misma manera que es adecuada esa intermitencia cuando nos aplicamos el campo platónico de las ideas. El planteamiento es coherente en la medida en que el hombre de hoy suele gustar de lo aristotélico a la hora de pagar el alquiler y de lo platónico a la hora de abordar la sugestión amorosa. Pone de relieve, sin embargo, con esas ondulaciones lo contradictorio de nuestra mezcla. Provoca inseguridad, desnuda el desagradable desconcierto e irrita a los contemporáneos. Falta cuerda —y el autor no duda en enfrentarlo— para aceptar nuestro propio retrato.

Desde que Lyotard puso en cuestión la validez de los relatos institucionales y de la Historia con mayúsculas el concepto de verdad ha sufrido entre nosotros un curioso proceso. El apócope de

expresiones como *la versión cristiana de la verdad*, *la versión marxista de la verdad*, *la versión racionalista de la verdad* en sintagmas desafortunados nos ha hecho dudar hasta de la existencia de una verdad. Las palabras siguen siendo nuestro mejor aliado y nuestro peor enemigo. No hay como fosilizar en nombre una idea para empezar a desconocerla. El último desacierto vuelve de nuevo en forma de sintagmas (*verdad universal* o *verdad particular*) y no parece que salgamos ganando nada con el cambio. Si queremos avanzar hacia algún modesto hallazgo en la exploración de la verdad o su posible existencia sólo una conclusión parece operativa y la encontramos en la concepción de este libro: escribir es siempre aventurar una opinión pero a la verdad no hay que adjetivarla, hay que adjetivar su búsqueda.

### La expresión

Es corriente que nuestras principales flaquezas no provengan más que de una práctica extrema de nuestras mejores cualidades. Es ahí donde reside el flanco más desprotegido de la escritura de Espada. Lo propio del pensamiento de Espada es el vértigo y el mareo que produce en el lector su prosa cada día más compacta, su agilidad y velocidad mental para detectar pistas minúsculas y ponerlas en relación. En ese sentido, el libro tiene sus oasis de ritmo en comparación con *Raval*, su anterior entrega, un libro sin puntos y aparte, vertiginoso y compacto como las pasiones pedregosas. *Diarios* es un camino mucho más asequible para introducirse en la prosa de Espada. Es un respiro, un *divertimento*. Ofrece por fin un retrato del disenso y la mirada posmoderna de una manera transmitible y común, sacrificando la densidad de otras obras pero evitando los senequismos y nihilismos misantrópicos. El autor ha seguido los consejos de Vizinczey y opta por no tomarse demasiado en serio a sí mismo, sólo se permite considerarse materia literaria. La elección del narrador en primera persona y el formato no podían ser, por tanto, otros. Pero entonces, el conflicto con los lectores que sí se toman a pecho su papel está servido. Cabría, sin embargo, recordar —puesto que de un premio de ensayo se trata— que la lectura que

se ha hecho de Montaigne como padre de la ensayística ha oscurecido su evidente papel fundacional en la creación del formato dietarístico, con toda la lección de subjetivismo controlado que eso comporta.

El disenso es también forma. Consciente de que la escritura no es retrato o reflejo sino representación, Espada disecciona al detalle la representación de la realidad (una hiperrealidad) que nos ofrece hoy en día el periodismo actual. Con una picardía que no siempre está siendo comprendida por sus contemporáneos, sabe que hay que ser muy cuidadoso para poner en solfa una representación (la periodística) a través de otra representación (la literaria). Se agradece que recupere antiguos recursos retóricos muy útiles olvidados por nuestros epígonos de la modernidad barroquista, tan partidarios de la vaguedad sugerente y la difuminación sentimental. Enriquece el lenguaje incluso en los momentos en que, no retrocediendo ante nada para conseguir sus propósitos expresivos (es decir, contar lo que desea contar exactamente), hace suyo a Paul Léautaud y asume que *a veces para escribir bien no queda más remedio que escribir como un hortera*. Con estos mimbres uno podía imaginarse a Espada como un misántropo hurafío, alejado del mundo y de los hombres. Cuando se le conoce, sorprende encontrarse a un señor correctamente afeitado y duchado, vestido de una manera nada extravagante, que intenta resolver de una manera equilibrada y sana las habituales obligaciones de casa, comida y prole.

Probablemente a causa de conservar ese ancla con la realidad más modesta, nunca se ha decantado por el apocalipsis vociferante que tanto ha enturbiado las mejores propuestas de un Baudrillard.

La mínima cortesía del escritor para con su lector es la amenidad. El libro se lee de un tirón y es odiado o amado con intensidad; signo evidente de que nos hallamos ante un narrador de excelente página. La prueba de la seducción no debe confundirse con el sensacionalismo, sobre todo si, como en este caso, supera las dificultades de una estructura fragmentaria.

En definitiva, Espada es muy consciente de los mecanismos que debe poner en juego un escritor para conseguir resultados eficaces. Escoge —caiga quién caiga— la forma expresiva que mejor se adapta a sus intenciones. Tener una intención y ser consciente de la necesidad de búsqueda de su expresión más adecuada es una rareza en el panorama actual de las letras españolas. Una rareza y un lujo. Que la verdad se haya siempre en movimiento y nosotros corriendo detrás, me parece innegable. Que nunca la atraparemos y estamos condenados a perseguirla eternamente, me parece probable. Pero que existe en algún lugar y lo sabemos a la manera inefable del sublime kantiano, me parece deducción sensata de la obra de Espada.

Sabino Méndez